

## RECORDANDO A JESÚS LÓPEZ

JOSÉ MANUEL GALÁN ALLUÉ  
CSIC, Madrid

Jesús López es, sin lugar a dudas, el primer egiptólogo español. El primero en el tiempo y en la calidad científica y repercusión internacional de sus trabajos de investigación. Se formó como epigrafista y filólogo en París, de la mano del eminente egiptólogo Georges Posener. Por sus conocimientos, el Museo de Turín le encomendó el estudio y publicación de los ostraca hieráticos provenientes de Deir el-Medina y que ahora forman parte de su colección. Jesús López publicó entre 1978 y 1984 cuatro fascículos con los textos, que son hoy documentos indispensables en cualquier biblioteca de egiptología que se precie. Además, son de referencia obligada sus estudios sobre *Las enseñanzas de Amenemhat*, publicados en *Revue d'Égyptologie* (1963 y 1973) y, más recientemente, su traducción y comentario de la fábula de *La disputa del cuerpo y la cabeza*, publicado en *Aula Orientalis* (1999-2000), y de *El cuento del fantasma*, publicado en el presente volumen del *Boletín de la Asociación Española de Egiptología*.



En este breve homenaje a su memoria me ceñiré a mi conocimiento de él como profesional y como persona. Así, pasaré inevitablemente por alto su participación en las campañas españolas de salvamento en Nubia con motivo de la construcción de la presa de Asuán (ver *Las Inscripciones rupestres faraónicas entre Korosko y Kasr Ibrim*, Madrid, 1966) y, en la segunda mitad de los años sesenta, su breve pero im-

portante trabajo en la necrópolis del Primer Periodo Intermedio en Heracleópolis Magna (*Oriens Atiquus*, 1974 y 1975).

El que suscribe estas líneas (*b3k im*) conoció personalmente a Jesús López en otoño de 1995, cuando este último fue invitado al Consejo Superior de Investigaciones Científicas a impartir un seminario sobre *El viaje de Unamón*. Al año siguiente fue invitado para traducir y comentar con los alumnos el relato de *El príncipe predestinado*; en el curso 1997-98 habló de *El libro de los Muertos*; y en 1999 sobre *La historia de los dos hermanos*. La última vez que impartió un seminario en Madrid fue en la primavera del año 2000 y versó sobre el poema *El vergel del amor*, del que también habló en el Segundo Congreso Ibérico de Egiptología, celebrado en la universidad Autónoma de Barcelona un año después.

En sus clases, Jesús López defendía la necesidad de ser independiente desde el punto de vista académico. Insistía en la necesidad de que cada uno realizara sus propias traducciones de los textos y que sólo después se consultase lo que otros habían traducido. Denunciaba con frecuencia cómo los egiptólogos tienden a repetirse y a perpetuar lecturas e interpretaciones que, cuando son analizadas, carecen de base epigráfica o filológica. Por otro lado, defendía que un verdadero egiptólogo debía ser, inevitablemente, competente en inglés, francés y alemán.

Él era un trabajador lento, de los que se regala a sí mismo la lentitud necesaria para realizar un trabajo bien hecho. Apunto estaba de acabar un libro de traducciones y comentarios filológicos de los *Cuentos y fábulas del antiguo Egipto* para la colección «Pliegos de Oriente» que publica la editorial Trotta junto con la universidad de Barcelona. Llevaba trabajando en él tres años y estaba muy satisfecho de haber conseguido hacer aportaciones significativas en casi todos los relatos que incluyó en su antología de literatura egipcia. Los lectores podrán beneficiarse de su sabiduría, pues en breve se publicará esta su última obra inacabada.

Cada año su relación con los alumnos iba siendo más distendida, pero siempre le gustó mantener cierto distanciamiento y, sobre todo, mantener el trato de usted: el profesor es el profesor. Esto no lo digo como crítica, sino como reminiscencia de otra época, de otra forma de ser, pues, a pesar de sus formalismos, era un hombre accesible en lo profesional y en lo personal. Como ejemplo recordaré que cuando se publicó el volumen homenaje a su labor científica, coordinado por Josep Cerverlló desde Barcelona, Jesús López envió una carta manuscrita de agradecimiento a cada uno de los autores, incluyendo comentarios sobre su artículo.

Jesús López era, desde mi punto de vista, el prototipo de «viejo profesor», y no porque siendo más joven que mi padre me recordara a mi abuelo, sino porque era altivo y distante, a la vez que entrañable, enormemente educado y cuidadoso en el uso de las palabras. Siempre inequívocamente vestido de chaqueta y corbata, pero, como se apresuraba él a contar, no es que estos aspectos frívolos y mundanos ocuparan su mente, sino que su mujer y sus hijas eran quienes le vestían. Le encantaba presumir que una de ellas trabajase en Guivenchi, lo que le otorgaba a él una elegancia inusual entre los egiptólogos, como decía él con jactancia. Mi trato con él siempre fue «de usted», pero eso no era en modo alguno impedimento para que me

hablara sobre su familia, sobre cosas vulgares como el football o cosas transcendentales. A eso me refería con lo de «viejo profesor», que a pesar de su erudición y trato formal, le gustaba casi más que hablar de trabajo el departir sobre lo humano y personal, mezclando la egiptología con lo cotidiano, lo científico con reflexiones sobre la vida. Adoraba a su esposa, a sus dos hijas, a su nietecito y a sus animalillos. Le encantaba hablar de Italia, donde la familia de su mujer tiene una casa junto al mar, y le encantaba hablar de lo mucho que le gustaba Madrid, el Madrid de los Austrias, sus magníficas casas, sus cafés, sus bares, sus tiendas. Un día, después de clase, me preguntó, «¿le apetece ir de tiendas?». Yo reconozco que me sentí un poco incómodo, pero por supuesto contesté que sí. Mi sorpresa fue que, en lugar de buscar tiendas de ropa, como yo asumí con lo de «ir de tiendas», lo que él quería era ver escaparates de comida, quesos manchegos, patas de jamón, chorizos, salchichones, y comprar pipas para una de sus hijas. Disfrutaba con España y con lo español. Como si se tratara de una composición didáctica de la dinastía XII, advertía con frecuencia del peligro de hacer de la egiptología lo más importante en la vida de una persona, ensalzando a la familia e invitando a realizar lecturas de otras literaturas, más modernas y occidentales.

Que yo recuerde, tenía en Madrid una hermana y un hermano. Esa era una razón de peso adicional por la que deseaba que le invitasen a Madrid. En Madrid se sentía muy a gusto y yo creo que le hubiera gustado que su biblioteca recabara aquí y, más concretamente, en el CSIC, a cuya biblioteca del Instituto de Filología regaló algunos libros en sus últimas visitas. Debía tener una muy buena biblioteca personal, pues en el CNRS los investigadores no disponen de despachos y trabajan la mayoría del tiempo en sus casas, cuando no están en la biblioteca del centro. Valoraba mucho sus libros, y varias veces me señaló que su volúmenes del *Wörterbuch* eran mucho más que un *Wörterbuch* cualquiera, pues en los márgenes había ido escribiendo anotaciones a lo largo de muchos años, por lo que el valor de SU *Wörterbuch* era enorme. En fin.

Esta primavera del 2003 me acordado mucho de él. En la segunda campaña del «Proyecto Djehuty», excavando entre las tumbas de Djehuty y de Hery en Dra Abu el-Naga, hemos encontrado varios fragmentos de una tabla de madera, sobre la que se escribió, allá por el año 1450 a. C., el comienzo de una composición que se utilizaba en las escuelas de escriba para aprender a escribir (en hierático), conocida entre los egiptólogos como *Kemit*. Curiosamente los fragmentos que se conocen de esta composición provienen de Deir el-Medina y fueron publicados por Georges Posener y por Jesús López. En el puente del 1 y 2 de mayo viajé a Turín para visitar la exposición de Deir el-Medina, y en la colección permanente del museo me detuve unos minutos en la vitrina donde se expone la tablilla con el texto de la fábula de *La disputa del cuerpo y la cabeza*: la coloración de la madera es mucho más oscura de lo que pensaba, lo que dificulta la lectura de los signos cursivos. A un maestro se le reconoce porque su recuerdo perdura más allá de su presencia física sobre la tierra, como bien sabían ya los antiguos egipcios. Jesús López es ya un clásico entre los egiptólogos.

¿Por qué no regresó a España? No estoy seguro. Algunas cosas he oído comentar, pero no estoy en condiciones de evaluar su grado de veracidad. Tampoco sé

hasta qué punto su presencia en la universidad española hubiera ayudado a asentar las bases de la egiptología científica en España. Me temo que hubiera perdido la batalla contra el sistema universitario español. El caso es que él estaba muy agradecido a Francia y al CNRS por haberle permitido trabajar en lo que realmente le gustaba. Por otro lado, me consta que estaba encantado de que en España por fin se le acabara reconociendo como el egiptólogo español por excelencia. En Barcelona, gracias a las continuas invitaciones de Josep Cervelló, quien le nombró presidente de honor del Segundo Congreso Ibérico de Egiptología celebrado en marzo del 2001, y editó un volumen de artículos que una veintena de colegas y alumnos escribieron en su honor con motivo de su sesenta y cinco cumpleaños. En Madrid, tras cinco años sucesivos impartiendo seminarios en el CSIC, la Asociación Española de Egiptología le nombró socio de honor. Fue un verdadero acierto de Ana Muñoz-Cobo, presidenta de la Asociación, el invitarle en octubre del 2002 a impartir la conferencia inaugural del curso. Así, pudimos disfrutar todos de la última lección magistral de Jesús López, que se publica en el presente volumen.